

## XVIII

### EL EJERCITO IMPERIAL

UNO DE LOS convenios celebrados entre Maximiliano y Napoleón antes de salir de Miramar, era en el sentido de que el ejército francés, en número de 25,000 hombres, permanecería en México cinco años a partir de la instauración del Imperio, en tanto que el Emperador procedía a formar sus propias fuerzas militares con elementos mexicanos. También se le había prometido el respaldo económico necesario mientras se ordenaban las maltrechas finanzas nacionales que al cabo de algún tiempo "darían lo suficiente para sostener el Imperio" y hasta para resarcir a Francia de su deuda, sin contar con que se esperaban incluso ganancias, pues Napoleón le aseguró a Maximiliano haberle entregado un país de fabulosa riqueza.

En los primeros meses de su reinado, dedicados a viajes placenteros por el país que le fascinaba ya por sus bellezas naturales, Maximiliano no supuso que aquello era un imposible. Sobre todo para un hombre idealista y soñador como él que no era un organizador, ni conocía los rudimentos de una administración gubernativa, especialmente tratándose de una nación desconocida, en pie de guerra, y aún no dominada por los invasores franceses como falazmente le habían asegurado.

Pensó, sin embargo, en organizar el ejército mexicano, proba-

blemente con el núcleo de infidentes monárquicos que ya servían al Imperio. Pero lo hizo a la manera de quien da la orden para cumplir con un compromiso, y no impulsado por un sentido nato de gobernante que quiere así solidificar su posición. En su frivolidad, en su idealismo, en su fuga perenne de la realidad a la ensañación poética y contemplativa, quizá no supo nunca exactamente con qué ejército contaba. Y muchas veces dio más importancia a la confección de nuevos uniformes deslumbrantes y a conceder condecoraciones a sus soldados, que a la formación de un verdadero ejército.

Nombró para el efecto a un conde austriaco, el general Thun que lo había acompañado desde Miramar, pues como decía en una carta al mariscal Bazaine, "no hay un general mexicano o francés que haya querido o podido encargarse de esta organización".

El nombramiento de un austriaco para tal encargo, cuando el Imperio estaba sostenido por franceses, constituyó un error de táctica del Soberano. Los altos jefes Márquez, Miramón, Mejía, Méndez y algunos más que encabezaban diversas columnas imperialistas, recibieron aquella decisión con callado resentimiento. Y Bazaine, de quien a sotto voce se decía que era el verdadero Emperador, no aceptó nunca el desaire. Sus discrepancias con el Soberano fueron creciendo paulatinamente hasta sobrevenir el distanciamiento y la ruptura con la retirada de las últimas tropas francesas en febrero de 1867 y su partida para Francia en marzo del mismo año.

En apariencia, el jefe del ejército francés de ocupación y el Monarca austriaco, mantenían una amistosa armonía. Cuando el sexagenario Mariscal francés casó en julio de 1865 con la jovencita mexicana de veinte años, Josefa Peña de Azcárate, más conocida en la historia como Pepa Peña, Maximiliano y Carlota apa-